

NIALL BINN

de *TRATADO SOBRE LOS BUITRES*

Los hombres y los buitres

Murales de Catal Hüyük, Anatolia, 6200 a.c.

Hay sacerdotes que tocan la flauta
Hay buitres que descarnan un cadáver
Morir es renacer

Tiermes, Hispania, 100 d. de J.C.

Al cuerpo de mujer, del débil, del enfermo:
cremación y enterramiento de los despojos
Al guerrero que muere luchando por la patria:
exposición del cuerpo: comida de los buitres

Ceremonia Parsi, 2000 d. de J.C.

Una celda de piedra en las torres del silencio
Desnuda, la difunta está mirando hacia el Sur
Los pájaros divinos descienden lentamente del cielo

Funeral tibetano, 2000 d. de J.C.

Se rompe la espina dorsal del cadáver
para que no se convierta en fantasma
Se reza el *Klong-ryas*
Los que asisten al funeral se untan con masa de pan
para defenderse del contagio de la muerte
El monje que encabeza el cortejo
quema incienso de enebro
Los demás sacerdotes
tocan instrumentos y cantan

En la cima del monte los enterradores
diseccionan el cuerpo
Se le arrancan cabellos
para que no renazca como un ser inferior
Si sangra por la nariz, es buena señal
Machacan el cerebro y los huesos del muerto
Se guarda sólo un pedazo del cráneo
"la apertura de Brahma"
Se enciende una hoguera, se tocan trompetas
y los buitres sagrados, acostumbrados al rito
reciben los trozos del muerto de las manos de los enterradores
Si en vez de buitres acuden cuervos, es mala señal
Si no se come al cadáver con prisa, es mala señal
Si trozos del cuerpo permanecen intactos, es una señal malísima:
descenderá un peldaño en la escala de la vida
renacerá como buey
como rana o renacuajo

El prestigio de los pájaros

El ruiseñor que canta en las noches de Keats
La golondrina que vuelve al balcón de Bécquer
La alondra que se encumbra, monarca del azul
Éstos sí que son pájaros que valen
pájaros con prestigio, que vuelan
como vuelan los hombres en sus sueños y cantan
como cantan los poetas
Eso dice mi novia, y me pregunta
—¿por qué pierdes el tiempo con los buitres?

Buitre

Buitre el *homo sapiens* que se ceba en la desgracia de los demás
Buitre el que desempolva la memoria de su familia deshecha
Buitre el que esteriliza el paisaje de su podredumbre orgánica
Buitre el que llora, masturbándose, por lo que pudo haber sido
Buitre el que aún atesora sus primeras cartas de amor
Buitre el que empolla su nostalgia en atardeceres sin fin

Buitre el que se arrastra detrás de un paraíso perdido
Buitre el que vive en las escarpadas crestas de las sierras
Buitre el autobiógrafo de la infancia iluminada
Buitre el periodista fabricante de sordideces
Buitre el que escarba las escombreras por comida
Buitre el abogado cortejador de los deudos
Buitre el carnívoro que no siente la muerte
Buitre el que habita un universo de chatarra
Buitre el fanático de Barbara Cartland
Buitre el funcionario de las endogamias
Buitre el que vuelve a ser niño en los sueños
Buitre el lector de San Juan de la Cruz
Buitre la ebriedad de las alturas
Buitre el devoto del diccionario
Buitre el ratón de biblioteca
Buitre el heredero voraz
Buitre el que escinde las nubes
Buitre el rey del reciclaje
Buitre el coleccionista
Buitre el ave sagrada
Buitre el calumniado
Buitre el que calumnia
Buitre el poeta
traficante
de restos
Buitre el buitre

Los restos de la vaca cuya carne como...

La vaca cuya carne como
fue criada y cuidada por alguien que desconozco
llevada al matadero por alguien que desconozco
electrocutada por alguien que desconozco
troceada en porciones por alguien que desconozco
inyectada de conservantes por alguien que desconozco
empaquetada en plástico por alguien que desconozco
y comida por mí

Los restos de la vaca cuya carne como
fueron tirados al suelo por alguien que desconozco
barridos del suelo por alguien que desconozco
recogidos por alguien que desconozco en una caja
transportados a un vertedero
y comidos por un buitre

Carroñero él, carroñero yo

Gyps fulvus (i)

Una calva precoz y un cuello de cisne tísico
cubiertos con un vello minúsculo de canas
una cabeza estrecha, un pico alargado
una lengua aflautada y tenaz:
son éstas las herramientas de la muerte

* * *

Al ciervo muerto o caballo muerto u oveja muerta o vaca muerta
se acerca, tentativo, el primer buitre leonado
Ahuyenta al banquete de los cuervos y las urracas
con grandes, lentos aletazos

Observa el buitre leonado la piel
todavía intacta del cadáver. Sabe
que por allí no entrará, interesan más
las partes blandas, así que se coloca
justo detrás del muerto, agáchase
y le planta un primer picotazo en el ano
La cabeza estrecha, el largo pico, la fina lengua aflautada
se introducen en el recto con una destreza
adquirida a lo largo de los siglos
Cada empujón ensancha la abertura
desgarra los órganos del muerto
Por fuera permanecen la gorguera blanca
y la ancha capa de plumas parduscas

que rítmicamente sube y baja
hasta llegar el hartazgo la asfixia el atragantamiento

* * *

Con el pico desbordado por las vísceras
emerge al final la cabeza del buitre
triunfante y satisfecho
la calva y el cuello ennegrecidos de sangre

Avanza, entonces, un segundo buitre
—según la rígida jerarquía del hambre—
y aleja al primero con grandes, lentos aletazos

El corro de los demás comensales
aguarda su turno con impaciencia

Gypaetus barbatus (i)

El buitre de la barba negra lanza sus huesos
Desde lo alto los ve fragmentarse en las rocas
Desciende en espiral y los engulle

Esta barba negra y mirada penetrante
no pertenecen a un ave cualquiera

Cuando anda un cazador por la montaña
desatento, bordeando un abismo
baja a veces una sombra inmensa
Un golpe silencioso
lo proyecta rodando al precipicio

Dicen que los quebrantahuesos cogen
niños recién nacidos de la cuna
Cuando vuelven las madres, cantando, del mercado
en lugar del bebé hay una pluma

Se dice que el color rojizo en su plumaje
es la huella de la sangre de sus víctimas

Se los ha visto, dicen, entrar en cementerios
para robar los huesos de los muertos

Se dice que ornamentan sus nidos con los cráneos
de hombres que se esfumaron en la niebla

La barba negra, dicen, es vestigio
de un brujo feroz transformado en pájaro

El buitre de la barba negra lanza sus huesos
Desde lo alto los ve fragmentarse en las rocas
Desciende en espiral y los engulle

Mi novia me dice...

Mi novia me dice que deje de pensar en los buitres
que ya basta de estar todo el día tumbado
meditando en la cama sobre buitres
—Con tanta carroña en la cabeza
te convertirás, me dice, en carroñero:
hay un buitre voraz de ceño torvo
que te está devorando las entrañas
y es tu único constante compañero—

No me interesan tus citas, le contesto
y mucho menos tus mitos latinos
—Es griego—, me dice, con desdén. Da igual
Me importan los buitres de carne y hueso que se comen los huesos
y la carne levemente putrefacta de los cadáveres
Y nosotros, que comemos toneladas de carne
de animales bien muertos quién sabe dónde ni cuándo ni cómo
nosotros siempre encoñados con la muerte
calentándonos con ella en el cine, la prensa, en los libros

Sin pensar en la simbología, le digo
Ni pensar en la simbología

—¿Y dónde entro yo en todo esto, me pregunta
si no haces más que leer y escribir sobre buitres?
¿Es ésta la poesía que te inspiro?—
Me inspira toda la mierda que nos rodea
—Pues así no podemos seguir, me responde
No me tratas como antes por culpa de los buitres
Estás como en las nubes por culpa de los buitres
Ni un gesto de cariño, ni una simple sonrisa
Te estás poniendo gordo por culpa de los buitres
Ni puedes en la cama por culpa de los buitres
La casa está asquerosa, la bañera atascada
La cocina: ni hablar, por culpa de los buitres
Me duele la cabeza, no me viene la regla
Me peleé ayer con mi jefe por culpa de tus malditos buitres

El buitre, le digo, es, en efecto, un ave insoportable:
come cadáver, es feo, y le hace daño a mi novia
Registraré una queja oficial
(No le hace gracia, al parecer, mi gracia:
—Quédate, entonces, con tus buitres, me grita, y que te jodas—
Sale dando un portazo que estremece la casa)

Echado de espaldas, me quedo en la cama mirando
las vueltas interminables que dibuja el ventilador
y la sombra difusa que proyectan sus aspas en el techo
Con qué majestuosa insistencia sigue y sigue con sus círculos
tercamente desatento a todo lo que ocurre en su entorno
Con qué fijación en su propósito insondable
como si esperara con infinita paciencia
a desprenderse del techo y caer
cercenando las facciones del que aguarda
—refrescado, y sin saberlo— el contacto

Como el lento circular de un buitre en la sierra
horas y horas, día tras día, trazando la circunferencia de una zona

en que habrá de encontrar –dios sabe cuándo–
la única carroña que lo espere

También tengo yo esa carroña enterrada en mi mente
le diría a mi novia si estuviese aquí:
los restos de un amor que se nos viene abajo
el eco de una puerta que se cierra (retumbando) para siempre
Dando vueltas y vueltas –borrones y más borrones–
descenderé, algún día, a los escombros
del campo de batalla
Cumpliré mi vocación de carroñero

Y ésta es el ave sagrada...

Y ésta es el ave sagrada...

De pie en el vertedero
el buitre aletea su impotencia

Sus garras enredadas entre nudos
de cabello rubio –todavía perfumado–
abren paso por los escombros a durísimas penas

De su ala izquierda, inoperante, cuelgan
enganchadas una liga, una media de mujer
–despojos de una noche que aún chirría
en los recuerdos de alguien–

Pero no pierde el apetito, este buitre
Arrastra sus alas en busca de carne
por el suelo de sábanas infectas
levantando en el aire una pequeña nube
de cartas de amor, rotas en pedazos
Forever, dice uno; dice otro: *Te querré*
y caen en una lluvia como de arroz nupcial
Y ésta es el ave sagrada...

El panorama un tanto deprimente
se anima con el rojo de las flores marchitas
que yacen desperdigadas entre los restos:
botones de alegría, signos de esperanza
Una mosca minúscula horada su camino
persistente en la tarea
pétalo seco por pétalo seco

Rengo, insaciable, el buitre avanza
aplastando pétalo, mosca y persistencia
El hambre aúlla por todos los rincones de su cuerpo
Va hozando entre montones de versos decrepitos
Engulle un plástico –todo lo que encuentra:
condones, tampones, pintalabios

Ésta es el ave sagrada... y tiene hambre

Dispersas entre frascos de perfume y cepillos
de dientes, entre cintas para el pelo y calcetines
hay fotos de la novia, sonriente aún
vestida de fiesta, y feliz
Los meses descomponen a la ausente
La sonrisa que encandilaba amarillea
Hay una extraña lepra carcomiéndole el cráneo
Se han hecho arruga los pechos, polvo las piernas

El buitre, excitado, sacude sus muñones
e ingurgita los restos de cadáver
–carne, celeste carne de cadáver–
diseminados por el vertedero

El vertedero es el paraíso del olvidado; el buitre
–ave sagrada de otros tiempos–
pasea a trompicones, se le pudren las alas
jadea como un asmático
y sigue alimentándose con furia

Lo ingerido se procesa y se expulsa
Lo expulsado se ingiere y se procesa
Pero el que lo procesa es prescindible

Allí está, retorciéndose en el suelo
Abre el pico como si fuese a chillar

Está muriendo el carroñero –por supuesto–
(la agonía promete ser patética)
pero le tocará al menos pronunciar
entre los estertores unas cuantas palabras:
su último ditirambo al desamor y a la muerte

NIALL BINN